

DE ALEGRÍA DE PÍO A PURIAL DE VICANA

# En los días más críticos, la bandera en alto

*Faustino Pérez Hernández, médico, fue Comandante del Ejército Rebelde y falleció en 1992. En 1955 integró la primera Dirección Nacional del Movimiento 26 de Julio, encabezada por Fidel. En 1956 se exilió en México formando parte del grupo de 82 guerrilleros que, liderados por el Comandante en Jefe, se embarcaron en el yate Granma. Fue uno de los que sobrevivieron a la emboscada del combate de Alegría de Pío y acompañó a Fidel hasta Cinco Palmas. Luego, siguiendo sus órdenes, estuvo encargado de trabajar por la organización de la lucha clandestina y contribuir a las tareas de apoyo a la guerrilla en "el llano". En 1958 se reintegró al ejército guerrillero de la Sierra Maestra y acompañó a Fidel en su ingreso a La Habana. Después del triunfo desempeñó diversas responsabilidades, entre ellas estuvo al frente del Ministerio de Recuperación de Bienes Malversados y el Instituto Nacional de Recursos Hidráulicos. Este relato es parte de uno de sus testimonios sobre aquella epopeya*

COMO ES BASTANTE conocido, a los tres días del "desembarco-naufragio" de Las Coloradas, y después de una larga noche de lenta marcha y frecuentes pausas, moviéndonos entre el monte y la caña como sombras convalecientes después del largo y azaroso viaje, pero fortalecidos por la alegría de sentirnos ya en nuestro suelo, camino del porvenir, en la mañana del día 5 de diciembre de 1956, acampamos en una pequeña ceja de monte sin suficiente despliegue, ni desconfianza ni alertas.

La inexperiencia, la topografía y la vegetación nos jugaron una mala pasada y al caer la tarde fuimos sorprendidos y obligados a tan desigual combate que no quedó más alternativa que la retirada hacia el cañaveral, sin formación, ni visibilidad, ni posibilidades de percibir las órdenes y con la consecuencia inevitable de la más completa dispersión.

Según mis impresiones, la primera sangre vertida durante aquel "bautismo de fuego" fue la del Che; quien desde el suelo de la guardarraya donde combatíamos, me comunicó su situación con su serenidad característica. Observé que una gran mancha roja brotando desde la base del cuello le invadía el pecho, donde me dijo sentir fuerte dolor. Sin atinar a otra cosa, y pensando lo peor, lo insté a la retirada, pero sin obtener respuesta, simultáneamente, concurrían otros compañeros heridos como Emilio Albentosa, José Ponce y Raulito Suárez.

Solo a este último, con su muñeca destrozada y sangrante, le pude prestar alguna ayuda efectiva. Con la engañosa ilusión de protegernos, nos habíamos adentrado en el cañaveral, y cuando intenté volver en busca de mi mochila y mi fusil que incautamente había dejado atrás, cerca del Che, una columna de humo y llamas comenzaba a extenderse en nuestra dirección.

Encontrándome solo y desarmado, tomé conciencia del desastre y emprendí una irregular carrera que, en zigzagueante retirada, me condujo al encuentro con Fidel y Universo Sánchez, quienes aguardaban tras un arbusto en el cañaveral.

Allí, en la penumbra del anochecer, cambiamos las primeras impresiones, tratando de calcular la magnitud de lo ocurrido, y dentro de lo duro y doloroso del momento, algo cualitativamente nuevo comenzó a desplazar dentro de mí aquella momentánea y amarga sensación de derrota.

Cautelosamente nos fuimos desplazando hasta alcanzar la altura más cercana, donde esperamos por el nuevo día. Discutimos acerca de la ruta a seguir y nos adentramos con incertidumbre por un cañaveral ralo, donde ya en la alta mañana nos localizaron los aviones enemigos, sometiéndonos en pases sucesivos a una lluvia torrencial de metralla.

Al cese del bombardeo, y asombrados de nuestra suerte, al constatar que estábamos ilesos, cruzamos apresuradamente al próximo campo, donde nos sumergimos bajo la paja seca, seguros de que vendrían en busca de nuestros cadáveres.

Al término de aquella tensa tarde comenzamos a movernos de nuevo, pero las ráfagas y disparos en los alrededores evidenciaban la presencia de tropas enemigas, por lo que decidimos permanecer inmóviles y cubiertos por las hojas secas de la



En los primeros días de la Sierra Maestra: Frank País, Faustino Pérez, Raúl y Fidel, y Armando Hart.

caña durante varios días. Para poder oírnos, acercábamos nuestras cabezas y transcurrían las horas en intensos susurros y sueños de futuro.

## LA CONVICCIÓN DEL REENCUENTRO

Recordando la experiencia posterior al Moncada, Fidel había decidido que no lo sorprenderían durmiendo, ni lo capturarían con vida. Se acostaba con su fusil entre las piernas, con bala en el directo y apuntando a su garganta.

Creo que fueron cuatro interminables días los que permanecimos en el mismo sitio y me reprocho no haber contado más que con mi flaca memoria para recoger aquellas conversaciones, casi inaudibles, pero infatigables y contagiosas de Fidel.

Allí, en medio de aquel cerco mortal, nunca dio cabida a la idea de la derrota y ni siquiera a la necesidad de una tregua. De sus palabras emanaba siempre la convicción del reencuentro con los demás compañeros y ello bastaría para proseguir la lucha.

Si aquella confianza y aquella fe eran motivo de admirable asombro, no lo fue menos su capacidad de intuir el futuro y la exactitud con que se fueron cumpliendo sus previsiones.

Pero para mí aquellos días y los posteriores, hasta Purial, no solo me sirvieron para ver de cerca cómo se confirmaba y agigantaba aquella voluntad y decisión inquebrantable que comenzó a manifestarse desde el Moncada y **La Historia me Absolverá**, y que continuó sin desmayo en la pri-

sión y a la salida de esta y desde el exilio como una constante en ascenso que iba conformando y mostrando al conductor indiscutible capaz de atraer, despertar y polarizar de forma creciente a las fuerzas dispersas o desorientadas de jóvenes y trabajadores del pueblo, inquietos y ansiosos de luchar por algo nuevo para el país.

En lo personal esa etapa significó, además, una especie de crisol para el conocimiento más profundo del jefe excepcional que teníamos en Fidel. Las circunstancias difíciles suelen ser propicias para la expresión de los sentimientos más íntimos.

Nos tocó el privilegio de oír a Fidel hablar del sentido de la vida y de la lucha y si pudiera resumir en una frase la esencia de su pensamiento diría que era la dedicación a trabajar y luchar por los demás, la consagración a la causa de los humildes y del pueblo. Creo que no hubo nombre más evocado para él que el de Martí, ni concepto más mencionado que el de la lucha, ni más objetivo y razón de esperanza que el pueblo.

Especial efecto causaron en mi espíritu sus análisis sobre la vanidad, el orgullo y la gloria y por primera vez le oí mencionar y analizar ese pensamiento martiano de tanto significado que dice que "toda la gloria del mundo cabe en un grano de maíz".

Sentí que cristalizaba definitivamente en mí una confianza inquebrantable que había comenzado a forjarse desde la clarinada gloriosa del Moncada y que ahora se sellaba ante la hermosa y sencilla majestad de la consagración y la grandeza.